

hacen los hijos con su padre, y siguiendo con completa voluntad cada uno de sus consejos por el bien y el honor del reino, les cumplirán plenamente y con todas sus fuerzas.

Hé aquí, Venerables Hermanos, lo que el deber del cargo apostólico Nos ha impulsado á comunicaros. Resta ahora implorar todos juntos y á porfía el auxilio de Dios; y para esto, sirvámonos cerca de Él, como intercesores, de la gloriosísima Virgen María, y de los celestiales patronos del reino de Baviera, á fin de que acceda benévola y piadosamente á nuestros comunes votos, para que conceda á la Iglesia la tranquilidad y la libertad, y para que Baviera goce, gracias á Él, de una gloria y de una prosperidad creciente de día en día.

Como presagio de los dones celestiales, y en testimonio de Nuestra particular benevolencia. Nos os damos de todo corazón, Venerables Hermanos, á vosotros, al clero y á todo el pueblo confiado á vuestra vigilancia, la bendición apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 22 de Diciembre del año de 1887, décimo de Nuestro Pontificado.

LEON XIII PAPA.

La Fidelidad Castellana.

VIERNES 20 DE ENERO DE 1888.

Dos Banderas.

La Fé, recogiendo lo dicho por *El Siglo Futuro* y que nuestros lectores pudieron leer en el número anterior, escribe un artículo en que bajo el epígrafe *Voç de alerta*, invoca las órdenes Reales que vedan toda polémica.

No vamos á seguir paso á paso todas las manifestaciones de *La Fé* porque de hacerlo habríamos de ser con ella tan duros como merece; pero vamos á seguir copiando lo que con el mote de este artículo publica *El Siglo Futuro*, y esto, porque se ajusta exactamente á nuestro criterio, porque es lo mismo que, aun cuando peor expresado diríamos nosotros; y además porque no entendemos merezca el nombre de polémica el acto honrado y honroso de rechazar doctrinas que no encajan en los moldes de nuestros principios.

¿De dónde ha sacado *La Fé* esa novísima teoría de que ella pueda con todo desenfado decir cuanto venga bien á sus aspiraciones personales y que los demás hayamos de sellar nuestros labios y dejar que el error corra, crezca y se entronice? Frescos estuviéramos si así hubieran de interpretarse las Reales disposiciones á que ella, como todos, debemos sugetarnos. Nó, la libertad del error no puede nadie sancionarla ni nosotros dejar de oponer á ella todas nuestras fuerzas.

Dice *La Fé*, entre otras cosas, que lo que casi exclusivamente persigue en la política es el triunfo de la Iglesia. Nosotros perseguimos en la política y fuera de ella, el triunfo de la Iglesia y el de los derechos que tenemos por indudables de nuestro Augusto Jefe, y para conseguir uno y otro hemos expuesto nuestras fortunas y nuestras vidas, y mil veces que fuera necesario las expondríamos. Lo que no haríamos nunca, ni haremos, con el favor de Dios, es dar nada, para que nos den algo; entre nosotros no cabe el *Do ut des*.

Pero dejemos á *La Fé* y oigamos á *El Siglo Futuro* que dice así:

II.

Primeramente fíjense nuestros lectores en el aparato y la solemnidad con que *La Fé* comienza su artículo; pormenor que parecerá

insignificante, aunque raro y fuera de lugar, á la generalidad de las gentes, y que á nosotros nos parece significativo por circunstancias que sabemos *La Fé* y nosotros y quizá no tardan en ser conocidas de todos.

«Hoy, como en todas las ocasiones semejantes, *La Fé* cree cumplir con el primero de sus deberes manifestando públicamente sus sentimientos de adhesión inquebrantable á la Real Familia proscrita....»—¿Qué día era antes de ayer? ¿Quién cumplía años ó celebraba su santo? ¿En qué se diferenciaba de los demás días? ¿A qué ocasiones semejantes era semejante la ocasión con que *La Fé* se creía ántes de ayer en el caso de hacer lo que en todas las ocasiones semejantes? ¿Qué fiesta se celebraba en el calendario de *La Fé*? ¿O qué nueva era de felicidad y ventura creía ella que se iba á inaugurar con su artículo, ó al tiempo mismo que su artículo se publicaba?

Ello dirá.

A parte de eso ya lo sabe D. Carlos de Borbon, ya lo sabe la España tradicional ó católica: el primero de los deberes, según *La Fé*, es confesar públicamente sus sentimientos de adhesión á la real familia proscrita; esos sentimientos, cada vez mas firmes y profundos, constituyen la ejecutoria de nobleza que mas la avanece y en la que cifra su honor y su gloria; las alegrías de la real familia son las alegrías de *La Fé*, y pesares de *La Fé* los pesares de la real familia; con el pensamiento, con el corazón vive *La Fé* constantemente al lado de los augustos proscritos, y á todas partes los sigue con el corazón traspasado y con el pensamiento embebecido, por la vía tristísima del destierro, como la sombra sigue al cuerpo, como el cuerpo sigue al alma, como el alma va anhelante al objeto de sus ansias, al centro de sus amores, al fin de sus destinos; ese continuo pensar, ese continuo adorar en la real familia, sin interrupciones ni desánimos, es la íntima y profunda satisfacción de la conciencia de *La Fé*; quien ponga en duda ese amor indecible, esa adhesión inefable de *La Fé* á la real familia, quien presuma paréntesis ó desfallecimientos en esa adhesión y en ese amor incomparables, *La Fé* lo reconoce sincera y humildemente, ese conoce el flaco de su corazón, ese sabe herirlo en lo mas vivo; porque ningún ataque, por malévolo que sea, ninguna torpe acusación puede ser mas dolorosa á su tierno, en esa parte, y sensible corazón, que imaginar que puede vivir un día, una hora, un instante sin estar amando á la real familia, pensando en la real familia, y siguiendo á todos lados á la real familia, con el pensamiento, y con el corazón, y con todo su querer y con todo su ser.

No es posible decir mas, ni ser mas expresivo y meliflúo, ni mostrarse mas amoroso y rendido; á *La Fé* misma le pareció necesario, al llegar aquí advertir (y por cierto con similitud que no nos atreveremos á calificar de respetuoso ni de ático) que «no nacen estos sentimientos de ciegos impulsos que la lleven á una especie de idolatría dinástica, semejante á la que los egipcios profesaban á los bueyes.» Apis que sucesivamente se iban presentando á su adoración.»

Pero despues de esa ardentísima, dulcísima, y áun empalagosisima profesion de fé dinástica, que pasa los límites de monárquica y frisa en los términos de cortesana, sépalo D. Carlos, entendiéndolo la España tradicional ó católica, *La Fé* les arroja á la cara, sin ambages ni rodeos, sin metáforas, metonimias ni sinédoques, la declaración explícita de que nunca fué mas leal ni lo hizo mejor que en aquella ocasión en que la España tradicional se levantó indignada y unánime á arrojar á *La Fé* de su seno, y D. Carlos la calificó de puñado de discotos afrenta del partido y la entregó al desprecio de los leales.

Ella era entonces la leal, y leal como nunca; entonces se acrecentó su reputación de consecuencia; D. Carlos, sus mas ilustres generales, sus políticos mas insignes, los fieles todos que le seguían, eran los desleales, los inconsecuentes, los que desertaron de su bandera, los que se rebelaron contra los principios al colocarse enfrente de *La Fé*.

Cuando planteaba la política del *Do ut des* y quería arrastrar á los tradicionalistas y ponerlos á los piés de Cánovas para que le sirviesen y ayudasen por lo que él los quisiera dar: cuando revolvió furiosa contra nosotros en defensa y beneficio de los *afines*; cuando enviaba todos sus redactores á formar parte de la Union Católica; cuando hacia imponente y terrible aquella espantosa calamidad, aquella maquiavélica conspiración, prestándole el concurso personal de sus hombres y divi-

diendo el partido tradicionalista cuando mas necesitaba de todas sus fuerzas, y sublevando los ánimos y disparando desde dentro todas sus baterías contra los que defendían la fortaleza por todas partes asediada y asallada por innumerables y penosos enemigos; entonces, sépalo D. Carlos, sépalo todos los tradicionalistas, entonces era *La Fé* leal como nunca, y desleales nosotros que no acudimos presurosos ni caímos de rodillas ante Cánovas, ante los *afines*, ante la Union Católica, al llamamiento combinado de *La Fé* y de Pidal.

Cuando *La Fé* insultaba y vejaba y procuraba hacer odiosos los nombres del lealismo general Palacios, del bizarrísimo Valde-Espina, del heróico Cervero y de tantos otros ilustres soldados, entonces, mas que nunca, era leal y consecuente *La Fé*, y en vez de martirizarla inicua mente se debieron premiar sus manifestaciones de lealtad y consecuencia. Por eso *La Fé* no ha dado hasta ahora satisfacción á los que ofendió. ¿Qué ha de dar, si al ofenderlos llevó á cabo un acto heróico de lealtad y consecuencia? Lo que procede es que los agraviados aplaudan su consecuencia y su lealtad. Y aun eso es poco. La justicia es que comparezcan ante *La Fé* el marqués de Valde-Espina, el general Cervero, el general Borriz, el baron de Sangarren, todos los que ella insultó, por consiguiente D. Carlos á quien insultó mas que á nadie, y puestos de rodillas la pidan perdón de los insultos con que los acarioló en un arrebató de lealtad y consecuencia.

La Fé nos dice que afectamos olvidar que en aquellos dolorosísimos sucesos, cuando nos quería poner á los piés de Cánovas y de Pidal, cuando nos quería arrastrar á la Union Católica, cuando quería llevarnos de comparsas, con liberales y mestizos, á rendir culto irrisorio á Santa Teresa de Jesús, cuando no hallaba palabras bastantes con que denigrar á los que permanecían leales, era cuando mas muestras daba de lealtad y consecuencia; porque sus hombres «pudieron ser castigados, pudieron apurar hasta las heces el cáliz; pero en medio de su martirio ni un momento cesaron de gritar con toda la energía de su voz: ¡Viva Carlos VIII!»

En cambio *La Fé* afecta olvidar que eso que dice no es verdad; que eso es completamente falso; que áun sin acudir al bouquet del café Inglés, ni recorrer todos sus artículos, ni rebuscar mucho entre sus consuelos y sus estímulos, no es difícil encontrar cualquier día de aquellos, en cualquiera de sus números de entonces, en vez de *vivas á Carlos VII*, dimisorias á D. Carlos que terminaban con frases como estas que copiamos al pié de la letra, con sus faltas de ortografía y tales como están en *La Fé* de 17 de Octubre de 1882: «SE NOS HE-» «CHA» (sic) «POR REBELDES: EL ÚNICO REBELDE ES» «EL REY, QUE HA HECHO» (sic) «TRAICION Á NUESTRA BANDERA.» Si quiere *La Fé* la presentaremos un manojo de *vivas* de este calibre.

Ese es, pues, el dinastismo de *La Fé*, que sin duda padece de tercianas; y desde el frío de la rebelión mas desecada que en España se ha visto, pasa á la calentura mas ardiente que padecieron jamás los mas fervorosos cortesanos.

Sino que los fervores de *La Fé* son para la familia real proscrita mas dañinos que los furrores de la rebelión. Porque lo que quiere *La Fé* decir con todas estas retóricas (y ya ve cuán de buena fé nos apresuramos á explicar todo su pensamiento) es que ella nunca echó á D. Carlos la culpa de tantos desaciertos, arbitrariedades y tiranías. El mal no estuvo en él, que nunca hubiera hecho eso; el mal estaba en tener por ministro á hombre tan funesto como D. Cándido Nocedal. Según *La Fé* de entonces el primer rebelde, el primer traidor era Don Carlos; según *La Fé* de ahora D. Carlos no fué sino un retoño de los antiguos *Reyes Holgazanes*, un remedo de los modernos reyes parlamentarios, una nulidad, un nombre vano, en cuyo nombre y con cuya autoridad tiranizaban y tiranizan á los buenos y leales los antiguos *mayordomos de palacio* y los modernos ministros responsables.

Despues de haber dado al rey patente de rebelde y traidor, solo le faltaba su ponerle juguete de sus ministros, y ya ni eso le falta.

Y es asombroso programa que manifiesta las altísimas dotes políticas de *La Fé*, declarar á un rey traidor y rebelde á ratos, á ratos incapaz y nulo, para asentar luego como primer deber de todos, como primer fundamento de gobierno, la voluntad omnimoda de ese hombre rebelde, traidor, incapaz y nulo, sin la carga de instituciones que cayeron para no levantarse, con el único compromiso de una

unidad católica sin sancion y de puro nombre, y abandonado á la corriente de todos los vientos y de todas las concesiones que hay que hacer al espíritu del siglo.

Pero esto es lo mas grave y trascendental del artículo de *La Fé*; aqui *La Fé* levanta bandera contra bandera; y esto merece estudio especial y capítulo aparte.

CARTA DE MADRID.

19 de Enero de 1888.

Mi estimado amigo y correligionario:

El periódico *La República* tomando pié de unas declaraciones de otro diario y que no hacen al propósito de esta carta afirma que existen Obispos adheridos á la política del fusionismo imperante, y que siendo esto así, no acierta á comprender como se las compondrán ciertos carlistas para conservar su condición de tales y sostener al mismo tiempo que siguen á los Prelados que tan satisfechos se encuentran del giro que llevan los asuntos públicos bajo la dominación sagastina.

No necesitan los Pastores del rebaño católico que mi pobre pluma les defienda de la intencionada y calumniosa acusación que les dirige el órgano del santón del pacto sinalagmático; la especie es tan absurda que se combate siu mas que sacarla á la vergüenza. No y mil veces no. La Iglesia ha condenado al liberalismo y á la masonería y no ya los Obispos, Maestros de doctrina, pero ni los católicos seglares, pueden adherirse á una situación liberal y masónica, ni estar satisfechos, á menos que la palabra se tome en el sentido de hartos, sino profundamente afligidos ante un estado de cosas que tiende á descatalizar á España.

Pero si la especie en concreto de *La República* no merece los honores de la refutación, la intencion que guía á los liberales de todas las opiniones á presentar á los Prelados de la Iglesia y aun á su mismo Vicario, que á tal extremo llega la osadía liberal, merece una enérgica protesta y una reprobación terminante, por la malicia que el ataque envuelve y la insidia con que se procura turbar las conciencias de los débiles.

¿Por qué que es lo que se proponen desde los conservadores mestizos y sus *afines* hasta los pactistas de Pi, al afirmar que hay Obispos que se hallan adheridos á esa ó á otra política liberal? ¿Qué objeto les guía al asegurar que tal ó cual Prelado es liberal? ¿Y por qué no se les ocurre calificar sino á muy pocos de íntegros ó tradicionalistas, antes al contrario hay empeño en presentarles como hostiles á la causa que defiende con toda su pureza la tesis católica ó el predominio de la teocracia como los liberales llaman al restablecimiento de las santas y veneradas tradiciones españolas?

¡Ah! Los motivos de estos son conocidos y de una claridad evidente.

El liberalismo al obrar así, principalmente, una de sus ramas, la rama mestiza, la primera que puso como ante mural de su política una barricada de báculos y mitras, no tiene otro objeto que el de hacer creer á las gentes que el ser liberal no impide ser católico, que se puede entrar en la Iglesia sin dejar en sus sagrados pórticos el error que consiste en atribuir dos naturalezas al hombre, una como ciudadano y otra como fiel. Que puede cualquiera, puesto que hay Obispos que lo practican adherirse por la mañana á las enseñanzas de la Iglesia en el templo y trabajar por la tarde en las Cortes, en la prensa y con otros actos propios del ciudadano para que siga imperando una política que niega á la Iglesia sus derechos, que convierte á sus sagrados ministros en una especie de Guardia civil espiritual para garantizar el orden público y que entrega la integridad de la fé al libre examen de una razón desligada de todo vínculo para con Dios. Este es el plan novísimo del liberalismo, esta es la obra satánica más refinada que ha salido de la mente del enemigo común de los hombres.

Contra esta obra, contra esta táctica mas que contra otra alguna hay que vivir alerta y ponerse en guardia.

Suyo afectísimo,

El Corresponsal.

SECCION DE NOTICIAS.

El Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad saca á pública subasta las obras de reparación del edificio del Teatro, en los locales de la sociedad del Salon de Recreo, y en los cuerpos extremos de la fachada Oeste, bajo el pliego